

Ya te lo he dicho, si tu asunto pudiera llegar á buen fin, nadie más que ese señor podría conseguirlo.

— No me hagas aguardar mucho. ¿Cuándo podré ver á ese hombre?

— No lo sé. Quizás dentro de ocho dias. El tiempo que necesite yo para encontrarlo.

Levantóse la marquesa, y antes de separarse de su amiga, le dijo :

— Como tanto para ti como para tu *idea*, te hace falta un médico, te mandaré el mio, el doctor César Cabalus.

No es un pozo de ciencia; pero cuando menos es tan mudo como el señor Helouin cuando se trata de un secreto.

II

EL MISTERIOSO SEÑOR HELOUIN

Una tarde, cinco días después de la conversación que precede, presentábase en el hotel de Nevers un hombre que deseaba hablar á la condesa; decía ir en nombre de la señora de Chaverny.

Hallábase Aurora en la sala, extendida en una otomana, donde apenas se sostenía su pobre y aniquilado cuerpo.

Á sus pies, sentada en un taburete, sonreíale una niña de diez y seis años de grandes ojos claros y limpidos.

Era Olimpia de Chaverny, hija de la marquesa y tan hermosa como había debido de ser su madre para poder corregir y unirle al marqués, el cual fué un verdadero petimetre en la corte del regente Felipe de Orléans.

Un poco más allá, Bathilde Wendel, acomodada junto á una ventana, ocupábase en una labor de tapicería.

Por momentos lanzaba á sus dos compañeras una rápida mirada que parecía un relámpago.

La antigua señorita de compañía no había encontrado en Aurora á su ama de otros tiempos.

La condesa le seguía poniendo buena cara; pero no le demostraba ya ese cariño que con razón había calificado de enfermizo la señora de Chaverny.

Actualmente Bathilde casi era considerada sólo como una persona retribuida por sus servicios.

En cambio Olimpia era la niña mimada de Aurora.

Además era ahijada suya é hija de su mejor amiga, doble lazo que la hacía muy querida.

Al anunciar al visitante, levantáronse Olimpia y Bathilde para retirarse.

Pero la condesa, reteniendo á la primera, le dijo:

— Quédate, hijita, ya sabes qué para ti no tengo secretos.

Bathilde se ofendió mucho por no haber recibido la misma orden que Olimpia, y al franquear el umbral de la puerta lanzó á las dos mujeres una mirada que, afortunadamente, no vieron ellas, pues de haberla visto hubiesen leído en ella envidia y sobre todo odio.

Así que Bathilde se hubo retirado, volvióse un viejo sirviente para decir á alguien que tras él estaba:

— Pase usted.

Acercóse el recién llegado hasta la otomana, junto á la cual permaneció en pie, después de saludar respetuosamente.

Aurora se levantó apoyándose en el codo, y el

esfuerzo que para ello hizo producía un círculo negro bajo sus ojos que miraban fijamente.

— ¿Viene usted de parte de la marquesa? — preguntó.

— Sí, señora, de su parte.

— ¿Es usted el señor Helouin?

El recién venido se inclinó.

La condesa continuó:

— Hace mucho tiempo que le esperaba... Voy á explicarle...

— No hace falta, señora condesa — interrumpió el enviado de Flor; — sé lo que usted espera de mí.

— ¡Ah! ¿se lo ha dicho la marquesa?

— La señora marquesa no me ha dicho una palabra.

El rostro de Aurora expresó á la vez estupefacción y temor.

— El servicio que de usted espero, no es de los que se adivinan — murmuró — y no se lo he confiado á nadie, sino á la señora de Chaverny y á mi madre.

Hélouin contestó en tono evasivo:

— Mi oficio es aprender lo que no se dice... y no estoy muy seguro de que lo que usted espera de mí pueda ejecutarlo un hombre que respeta las leyes.

— ¿Entonces, me niega usted su ayuda? — balbuceó la condesa con dolorosa ansiedad.

— ¡Al contrario, señora, se la ofrezco!

Ante tan asombrosa declaración, que no esperaba, un ligero carmin acudió á las decoloridas mejillas de Aurora, y un resplandor brilló en sus grandes ojos de color azul oscuro, que parecían enormes por la delgadez de su rostro.

Iba á cumplir treinta y seis años y realizaba ese tipo á la vez delicado y robusto de la belleza de las mujeres francesas, que tan á menudo oculta una fuerza heroica bajo débiles apariencias y que prolonga á veces hasta el milagro el encanto de una juventud inmortal.

En esas mujeres victoriosas de la edad, en ciertos momentos, renace como por magia el encanto juvenil, ya porque una sonrisa ilumine sus labios, ya porque la pasión encienda de repente la llama de su mirada.

Verdad es que hacía mucho tiempo que Aurora había olvidado sonreír, para que esa chispa de las alegrías humanas viniese de repente á aparecer en su rostro; pero una lágrima temblaba en las sedosas cejas de su párpado, y Helouin se felicitaba de haber podido conseguir esa transformación.

Ese Helouin era un individuo singular, y aun no hemos podido describirlo exactamente, porque la faz de los hombres muy listos cambia según las circunstancias.

Helouin no podía pasar por hombre frío, tampoco por hombre expansivo, aunque las gentes mejor informadas dicen que se debe ser uno y otro.

Él era un término medio, enérgico y punzante en su misma moderación.

No debía de tener un átomo de heroísmo; pero acaso fuese más capaz que nadie de llevar á cabo actos de héroe.

Diestro, prudente, reservado y astuto por naturaleza, leal por reflexión, buen corazón desconocedor de las cobardías de la debilidad, generoso á ratos y tan desconfiado de los otros como de sí mismo.

Su fisonomía era la de un trabajador obstinado que piensa cuando tiene tiempo; pero el síntoma de su notable naturaleza había que buscarlo en sus ojos, porque esos ojos, de clarividencia poco vulgar, poseían un querer y un poder.

Para completar ese retrato, debemos añadir que, según el caso, se llamaba Helouin ó barón de Posen, como dijo la señora de Chaverny á la condesa, y tenía fama, entre las gentes del oficio, de ser uno de los mejores policías de la época.

Policía no oficial, sino aficionado, que *trabajaba* sólo por su cuenta, y á veces también por la de los particulares cuando juzgaba que el asunto para que lo solicitaban valía la pena.

Por un momento permaneció Aurora silenciosa, y como tenía que desempeñar, pues se veía, una partida terrible, quiso intentar escrutar al que iba á tener todos sus naipes.

— Señora condesa — dijo Helouin, que se había prestado noblemente á ese examen; — sería mejor que me interrogase usted, si es que puedo contestar delante de esta señorita.

Su mirada designaba á Olimpia de Chaverny, que no entendía nada de aquel modo de entrar en materia.

Aurora se sonrojó.

— Mi ahijada puede oírlo todo — dijo. — ¿Y puede usted decirme, caballero, por qué acepta el hacer lo que, según usted, no puede efectuar un hombre que respeta las leyes?

— Con mucho gusto. Hay profesiones privilegiadas;

así, los médicos y sacerdotes van por todas partes, pueden decirlo y hacerlo todo.

— ¿Es usted uno ú otro?

— Los dos. Sondeo las conciencias y consuelo los corazones. Estudio con pasión el libro de nuestra vida común y espero poder leer pronto la página que va usted á volverme.

Aurora se estremeció :

— ¿Está usted seguro — le preguntó — de saber el acto que yo quiero ejecutar?

— Sí. ¿Por qué había de mentir?

— Según usted, ¿es una profanación?

— No; más bien creo que es una prueba, ó mejor aún, un deber.

Aurora expresó un mohín de placer al verse aprobar y tendió su mano á Helouin, quien, la verdad, la tomó muy galantemente, aplicando en ella sus labios.

— Me han dicho, añadió con emoción la condesa, — que es usted el mismo honor.

— No exageremos, señora, y no aumente usted la buena opinión que tengo de mí mismo.

— Que era usted tan paciente como atrevido y listo por encima de todo...

— ¡Desconfíe usted de los adúladores! señora condesa — interrumpió Helouin sin ocultar un ligero movimiento de impaciencia. — Como en todo hombre, hay en mí parte buena y parte mala; la primera trata de dominar á la segunda, eso es todo. De lo que puedo responder es de mi fidelidad una vez que me entrego.

— ¿Y se entregará usted á mí?

— Nunca me entrego á las personas, sino á las obras... la de usted me agrada.

— ¡Gracias!... ¿Sabe usted que me está vedado el uso de los medios autorizados por la ley?

— Mis palabras de hace un rato han debido darle á entender que estoy enterado. Además, sé muchas cosas que ni siquiera sospecha usted, porque hace ya mucho tiempo que sus desgracias llamaron mi atención.

La condesa le detuvo con un gesto, preguntándole :

— ¿Qué sabe usted, pues?

— Dispénsame que no la conteste, señora. Á ciertas preguntas, estoy obligado á guardar silencio, porque las sospechas que yo puedo tener no descansan aún en ninguna prueba. Además, usted no ignora que cada oficio tiene sus secretos, sobre todo el mío.

Aurora inclinó la cabeza y cerró los ojos, después de coger entre sus manos las de la señorita de Chaverny que escuchaba todas aquellas cosas con el asombro que debieron de tener los constructores de la torre de Babel en el momento de la confusión de lenguas.

— Si no tiene usted ya nada que preguntarme, ¿puedo yo interrogar á mi vez? — dijo Helouin.

Aurora consintió con una seña.

— Quisiera saber si usted estaba en París, cuando ocurrió el desgraciado acontecimiento.

— Estaba en París — replicó la condesa con voz profundamente alterada.

— ¿Estuvo usted presente cuando pusieron el cadáver en el ataúd?

— No; el practicante deseó estar solo.

— ¿Qué practicante?

— El embalsamador.

— El policía dejó ver un movimiento de sorpresa tan brusco, que Aurora abrió á medias los ojos y dejó resbalar su mirada por entre los párpados, para tratar de leer en el rostro de su interlocutor. Pero el libro un momento entreabierto se había cerrado; la faz de Helouin quedó impasible como el mármol.

— ¿No tenía usted nadie á su lado?

— Sí, una huérfana, Bathilde Wendel, á quien la marquesa colocó en mi casa para distraer las penas de mi viudez, pues mi hijo y mi ahijada eran aún demasiado jóvenes para comprender.

Helouin repitió para sus adentros el nombre de Bathilde de Wendel, como si el resto de la frase no le hubiera chocado. Tuvo en la punta de la lengua la palabra testamento; pero no llegó á pronunciarla.

— ¿Quiere usted enterarme ahora del desdichado acontecimiento, condesa?

Aurora pareció vacilar un momento; pero comprendiendo que tenía interés en no ocultar nada á aquel hombre, empezó, con encubiertas frases, el triste relato de todos los hechos relacionados con la enfermedad de su Felipito, desde la aparición de los primeros síntomas hasta el desenlace fatal.

Enteró también al policía de la impotencia de los médicos ante aquel mal desconocido que no consiguieron definir.

Durante ese informe, Helouin dió varias veces pruebas de gran extrañeza.

Sin embargo no hizo reflexión alguna y dijo casi inmediatamente, así que Aurora hubo terminado:

— Espero sus órdenes.

Según todas las probabilidades, tratábase, como hemos dicho antes, de una misión sumamente difícil, porque, no obstante la seguridad del policía, las facciones de la enferma conservaban su expresión de duda é inquietud.

— No le pido á usted lo imposible — murmuró tras breve pausa.

— ¡Nada hay imposible! — replicó sentenciosamente Helouin. — Además, si usted quiere, señora condesa, prescindiremos de las cuestiones de detalle que sólo me incumben á mí.

Es muy sencillo: yo me encargo de todo. Tendrá usted el objeto, aunque estuviere mejor defendido de lo que en realidad está... ¿Es eso lo que usted desea?

— Sí.

— Los medios y los riesgos son de cuenta mía.

Aurora pasó precipitadamente la mano bajo un cojinetete que le servía de almohada y sacó de allí una bolsa bien repleta.

Helouin hizo una mueca de dignidad.

— Nunca acepto nada anticipadamente — dijo; — por lo tanto, no insista usted; yo pondré lo que haga falta... Ahora, señora, ¿tiene usted algún hombre fiel que pueda ayudarme?

— Sí, un tal Cocardasse, antiguo compañero de mi marido.

— ¿Está usted muy segura de ese hombre?

— Absolutamente; respondo de él como de mí misma.

— No deseo más. ¿Cómo puedo entrar en relaciones con él?

— Desde que he regresado, viene á verme puntualmente cada dos días, y como precisamente es hoy el día que espero su visita, si quiere usted dejarme las señas de su domicilio, se lo enviaré inmediatamente.

— No lo necesitaré hasta las diez. Que se presente en mi casa á esa hora: vivo en la calle de la Ferronnerie, en una casa en cuya planta baja hay un droguero que tiene un letrero que dice: *Al Pílon de Oro*.

— Entendido.

— Para terminar — continuó Helouin, — ¿quiere usted indicarme el itinerario?

Aurora de Lagardère cogió su cartera que estaba al lado de la bolsa, bajo la almohada, la abrió, y sacó un papel que desdobló en seguida.

Parecía un plano de una ciudad cuyas casas estuviesen edificadas todas en el centro de un jardincito.

En el plano, en determinado punto de dicha ciudad, había una casa marcada con lápiz azul.

Helouin cogió el papel y examinó detenidamente el dibujo.

— Es lejos de la capilla y muy cerca de la tapia meridional — dijo guardando en su jubón el papel vuelto á doblar. — Habrá menos camino que recorrer.

Levantábase ya y cogía el sombrero con esa rapidez de movimientos que le era habitual, cuando la condesa lo detuvo con ademán suplicante.

Perdone usted á una pobre madre — le dijo; — me corre prisa, mucha prisa... y desearía saber... cuántos días le harán falta para terminar bien esa tarea.

— ¡Días! — repitió Helouin, cuyo rostro se iluminó con un rayo de orgullo. — Mire usted, condesa, podemos calcular juntos.

Supongamos que el tal Cocardasse esté en mi casa al dar las diez... Desde la calle de la Ferronnerie, yendo á buen paso, pueden emplearse tres cuartos de hora para ir allí, y otro tanto para volver aquí...

En cuanto al tiempo que nos llevará el trabajo... ¿No sabemos cómo están dispuestas las cosas!...

En fin, podemos contar una media hora.

Bien calculado todo, señora, si se sirve usted dar órdenes para que yo sea introducido á su presencia á las doce de la noche, puede usted estar segura de volver á ver á su servidor.

Saludó á Aurora, que estaba estupefacta, inclinóse ante Olimpia y se fué.

La condesa se tapó los ojos con ambas manos.

Ya no se acordaba de la joven que permanecía allí. Se creía sola, sola con la irritante duda que invadía poco á poco su imaginación.

La casi milagrosa rapidez con que aquel hombre aseguraba cumplir su deseo, la horrorizaba; pues el que así prometía lo imposible tenía que ser un brujo ó un charlatán.

Tranquilamente, como un ladrón astuto que tras-pasa las cerraduras más complicadas, había entrado Helouin en su vida, había descubierto lo que ella ocul-

taba en el fondo de su corazón y había expresado en voz alta pensamientos que ella misma no se hubiera atrevido á declarar por lo bajo.

¿Por qué medios había penetrado aquel mágico el misterio de su situación?

Sola, débil y anquilada, había emprendido Aurora el viaje á París para resolver por sí misma el problema de su felicidad ó de su desgracia. Había ido para interrogar á uno de esos testigos que no pueden mentir, porque no hablan...

¡Y ese desconocido sabía el gran secreto que ella no osó confiar sino á la duquesa de Nevers, más muda que una tumba, y á Flor, la compañera de su infancia, la misma lealtad!

Y pensaba:

— En todo crimen, hay por lo menos dos personas que saben: la víctima y el malhechor... Yo soy la víctima, y ni mi madre ni Flor han podido hacerme traición... ¿se habrá, pues, enterado, este hombre, por el criminal?

Ese pensamiento helóle toda la sangre y fué sacudida por un temblor doloroso.

Olimpia miraba con pena á su madrina; pero no se atrevía á interrumpir el curso de sus reflexiones.

— ¿Estaré vencida? — continuó Aurora, con inexplicable angustia, — vencida antes de entablar la lucha... ¡Ay! ¡Enrique mío! ¡Enrique mío! ¿por qué no estás á mi lado?

Gruesas lágrimas acudieron á sus ojos; pero, como en el fondo de toda pasión, hay siempre en la mujer un

tesoro de fuerza, rebelóse repentinamente y exclamó en voz alta:

— Pero ¿qué sabe de mis proyectos, en definitiva?

La eterna locura de las madres basta para explicar mi conducta.

Quiero *verle*; verter de una vez todas mis lágrimas... Fuera de ese pobre capricho, él ignora lo que puede haber...

— Dispense usted, condesa, — dijo una voz que la hizo estremecerse.

Acababa de entreabrirse la puerta para dar cabida al rostro de Helouin, cuyos vivos ojos lanzaron una mirada circular.

— Temía que hubiese usted vuelto á llamar á sus sirvientes, — añadió, entrando del todo. — Hemos olvidado una cosa capital.

¿Tiene usted plena confianza en su médico?

Esa pregunta de Helouin descompuso á la condesa, pues era como una respuesta á sus propios pensamientos y parecía decirle que el hechicero sabía perfectamente lo que se ocultaba bajo su raro capricho.

Helouin acercóse á la otomana, y continuó con ese aire á la vez plácido y resuelto que era su misma fisonomía:

— Si no cree usted poder fiarse de él, señora, sírvase permitirme que yo traiga uno.

— Estará aquí mi médico — replicó Aurora casi con sequedad.

— ¿Puedo preguntar su nombre?

— El doctor César Cabalus.

— ¡ César Cabalus !

— ¿ Le conoce usted ?

— Sólo de oídas, por fortuna para mi salud, porque aunque es muy buen hombre, no es médico de fama... ¿ Cree usted que entienda de cirugía ?

Esta vez apareció la cólera en la mirada que le lanzó Aurora. Cabalus había sido recomendado por Flor, y no toleraba que lo despreciasen ante ella.

Helouin cambió de tono, diciendo :

— No desconfíe de mí, señora condesa ; pues sería el mejor freno que pudiera usted poner á sus ruedas.

Si tiene escrúpulos respecto de mí, créame, no vayamos más adelante, todavía estamos á tiempo para romper...

Mis preguntas no son las de un curioso, sino las de un hombre que quiere cuidar los intereses de usted... estoy seguro de poder garantizarle mi absoluta fidelidad ; pero nuestro conocimiento es muy reciente y ese sentimiento es demasiado joven para que pueda comprometerme á servirla á pesar suyo.

Si no tiene confianza en mí, señora, estoy dispuesto á retirarme, prometiéndole formalmente olvidar que he tenido el insigne honor de ser introducido ante usted...

Nada he visto, nada he oído ; en una palabra, no sé nada...

Sin embargo, en caso de que más adelante necesitare usted de mis servicios, yo volvería, hallándome siempre á su disposición.

Fueron pronunciadas estas últimas palabras con tal matiz de tristeza y con tan verdadera humildad, que

Aurora tendió espontáneamente su mano á Helouin, diciéndole con dulce voz :

— No he querido ofender á usted. El doctor Cabalus es cirujano, y sabe guardar los secretos ajenos...

— Acaba usted de quitarme un pequeño cuarto de hora del tiempo de mi comida — dijo el policía, ocultando su emoción bajo fingida alegría ; — pero no lo siento, porque acaba usted de estrechar mi mano mejor que un hombre, condesa, y observo que todavía tiene usted alguna fuerza... Más vale así, pues pronto la necesitará...

Conque persiste la cita...

Envíeme á Cocardasse á la hora convenida, y que el doctor tenga sus instrumentos... ¡ Á las doce, volverá usted á verme !

Y salió con paso rápido.

Aurora se sentía muy fortificada. El temor que había tenido de perder auxiliar tan poderoso le hacía olvidar el mismo fondo de su mal.

— ¡ Ah ! ¿ estabas ahí, monina ? — dijo al fijarse en su ahijada que la contemplaba con ojos de sorpresa. — llama, queridita, y di que vayan en busca de tus papás...

También quiero que venga en seguida el doctor Cabalus con su estuche.